

Pedro
Zarraluki **La curva
del olvido**



En el mes de julio de 1968, Vicente Alós y Andrés Martel, dos amigos que superan de largo la cincuentena, llegan a Ibiza en barco desde Barcelona. Ambos están en un momento difícil de sus vidas: Vicente se ha separado de su mujer y Andrés acaba de quedarse viudo. Los acompañan sus hijas, Sara y Candela, que a pesar de haberse criado juntas son muy diferentes entre sí. Al llegar a la isla se instalan en un hostel solitario situado en una apartada cala, y así comienza un largo y en apariencia apacible verano. Pero una absurda tragedia, viejos rencores y desencuentros nunca resueltos viajan también con Vicente y Andrés. Mientras ellos reviven poco a poco ese pasado, las jóvenes deberán afrontar las inquietudes de un futuro que, bajo los ecos de un mundo convulso, se presenta ante ellas como un abismo insondable.

La curva del olvido profundiza en los problemas, las angustias y las esperanzas de dos generaciones que en un momento distinto pero crucial de sus vidas se enfrentan a las trampas y los antojos del devenir del tiempo.

Índice de contenido

Cubierta

La curva del olvido

Primera parte. Memoria y porvenir

Segunda parte. El presente continuo

Sobre el autor

*A Coco,
a Claudia y a Álvaro,
con amor, en el camino*

PRIMERA PARTE

Memoria y porvenir

Aquel verano, mientras ellos se iban de vacaciones, el mundo parecía desmoronarse. Las protestas contra la guerra de Vietnam se sucedían por todas partes, en abril habían asesinado a Luther King y acababan de tirotear también a Robert Kennedy, el socialismo con rostro humano pendía de un hilo en la Checoslovaquia amenazada por la Unión Soviética y Francia recuperaba a duras penas la normalidad tras la revolución de mayo. Un verdadero seísmo colectivo que no impidió que, un día de primeros de julio, Vicente Alós y Andrés Martel embarcaran en el Ciudad de Barcelona en compañía de sus hijas Sara y Candela. Así, entre maletas y con la estimulante agitación que producen los viajes en barco, empezó esta historia.

Tras una noche que le había resultado agobiante en el camarote, el amanecer sorprendió a Vicente Alós acodado en la borda de estribor contemplando el paisaje sumido en la bruma. El barco circundaba la isla en dirección al puerto y él notaba bajo los brazos la vibración de los motores. En la línea de la costa, que se difuminaba en la neblina hasta fundirse con el mar y las nubes, se estremecían las diminutas siluetas de los edificios. Parecía imposible que hubiera todo un mundo allí, tras aquel manto de silencio y frialdad. Llegar a una isla por mar, de madrugada, es como alcanzar una tierra de la que no se sabe nada, ni siquiera si habrá en ella algún signo de vida, ocultas riquezas o amenazas, como en la *terra ignota* de los antiguos planisferios. Una isla en la distancia es un misterio, pues su calor y todo lo que esconde solo pueden conocerse desde dentro.

Llevaba Vicente un buen rato allí entretenido con esos pensamientos cuando apareció Andrés Martel. Había aceptado la invitación del primero de pasar el verano en Ibiza, pero no parecía contento de su decisión. La noche anterior, tras mantenerse obstinadamente sentado en una tumbona de cubierta ajeno a la partida del barco, se había retirado a su camarote sin cenar, alegando que le dolía la espalda. Habían pasado solo tres meses desde la muerte de Silvia, su mujer.

Se frotó las manos buscando calentárselas y luego se apoyó en la borda para contemplar el casco del barco, que desplazaba el mar con un sonido de suave rasgadura. Era difícil dejar de mirar aquel movimiento constante.

—Ahí abajo hay un montón de ánforas —dijo como para sí mismo, observando el agua impenetrable de un azul oscuro—. Se venden bien. Ahora está de moda poner en el salón un ánfora con incrustaciones marinas.

Andrés Martel tenía, junto con un socio capitalista de apellido aristocrático, una tienda anticuaria en una callejuela que desembocaba en el paseo del Born. No todo lo que allí vendían podía justificar una procedencia legal. Se excusaba asegurando que el mercado de las antigüedades no habría podido existir sin gente que en el pasado hubiera robado las piezas, y que los museos de arqueología ya cargaban con almacenes llenos de objetos con los que no sabían qué hacer. En realidad, el problema que tenía Andrés era que no podía mirar el mar sin ver los tesoros que escondía en su fondo, y lo mismo le pasaba cuando veía un olivar, un trigal o una pedanía con una vieja iglesia en ruinas. Allá donde fuera notaba la presencia de los siglos hundidos o enterrados bajo sus pies, y había succumbido a la pasión de indagar qué se conservaba de ellos. De haber sido rico habría acabado como Arthur Evans, gastándose todo su dinero en aflorar los restos de una civilización desaparecida. Como no lo era, tenía una relación con las antigüedades mucho más mundana y

mercantil. Comerciaaba con ellas gracias sobre todo a los contactos de su socio, pero en una vitrina de su casa guardaba algunas piezas de las que no había querido desprenderse. En una ocasión le había insinuado Vicente que algún día tendría problemas con la Guardia Civil, y Andrés le había contestado que el pasado bien valía una buena propina.

Aquel amanecer en el Ciudad de Barcelona se quedó unos instantes allí asomado, embebido en la contemplación de las aguas que la quilla abría. Vicente observó a su vez su amplia calva y los largos pelos ralos que le nacían sobre las orejas y se le extendían en línea por el cogote, agitados por la brisa marina. En el tiempo que llevaban sin verse había engordado y parecía todavía más abatido de lo que en él ya era habitual.

Entonces Andrés se volvió hacia Vicente y le dijo:

–Las literas de este barco son como cajas de cerillas. Candela ha vuelto a soñar con su madre. Se ha incorporado dando un grito y se ha golpeado la cabeza contra el techo del camarote.

Sara y Candela no aparecieron hasta que el barco iniciaba la maniobra de aproximación al muelle, las dos abrazadas a sí mismas, pasando frío bajo su ropa de verano. Ya había amanecido, pero el sol no calentaba todavía. Se entretuvieron los cuatro contemplando la ciudad blanca que ascendía desde los muelles hasta Dalt Vila y la catedral. Formaban los viajeros un extraño grupo. Dos hombres que ya pasaban de largo la cincuentena y dos mujeres jóvenes que tenían toda la vida por delante.

–He dormido de maravilla –dijo Sara, sin ser consciente de que solo ella tenía esa suerte. Era una mujer sensible e inteligente, pero le costaba interesarse por el estado de ánimo de los demás.

–Pues yo he pasado la noche en un ataúd –contestó Candela.

Se conocían desde niñas. Candela era casi un año menor que Sara, acababa de cumplir los veinte. En Barcelona habían sido siempre vecinas y pasaban en el pueblo de Gelida los largos descansos estivales, en la casa que alquilaban sus padres cuando las familias estaban unidas. Habían aprendido a la vez a nadar y a montar en bicicleta. Se habían criado juntas, pero eran tan radicalmente distintas que no habían llegado nunca a compartir nada que fuera importante para las dos, como si sus secretos y sus ansias fueran también diferentes. De pequeñas se miraban la una a la otra con curiosidad y algo de aprensión, con esa impenetrabilidad que solo se tiene en la infancia. Sara, la hija de Vicente, era una joven morena de ojos gris oscuro siempre ágiles y brillantes, a la que le gustaba adornarse con collares, pulseras y todo tipo de abalorios. Cuando

andaba parecía a veces una maraca. Era tan sociable que nunca había estado realmente sola. Había acabado el tercer curso de Filología Inglesa, pero no tenía muy claros los motivos por los que estaba estudiando aquello, como no fuera que deseaba viajar mucho en su vida. En cuanto a Candela, había abandonado Bellas Artes el primer año convencida de que nunca sería una buena artista, y tras muchas vacilaciones, más que nada por encontrar alguna dedicación, estaba estudiando Secretariado. Aquello había sacado de quicio a su madre, que no entendía que una chica con tanta sensibilidad se limitara a aporrear las teclas de la máquina de escribir. La muerte de Silvia, a la que Candela consideraba la única persona en el mundo capaz de entenderla y ayudarla, había acabado de hundirla en un desconcierto del que no sabía cómo salir. Era una joven de rasgos delicados, como modelados con el deseo de eludir cualquier arista, y una larga melena rubia recogida casi siempre en una coleta. Tenía los ojos de un verde turbio, lacustre, pero lo que realmente impresionaba de ella era su piel blanca, casi traslúcida, absolutamente desamparada ante cualquier agresión que pudiera llegarle del exterior, tan suave y tan frágil a la vista que parecía que no hubiera prenda en el mundo capaz de abrigoarla. Eso, unido a su carácter retraído, provocaba en los demás el impulso de protegerla, ventaja de la que no sabía abusar por no ser en absoluto consciente.

Sara y Candela no veían el mundo de la misma manera, o no veían el mismo mundo.

–Me extraña que Jakob se retrase –dijo Vicente, observando los grupos de personas que en tierra los veían llegar–. Prometió que estaría esperándonos.

El barco levantó un gran remolino de agua y comenzó a girar en busca de los amarres. El comentario de Vicente provocó que Andrés y las hijas de ambos se volvieran hacia el muelle en un infructuoso intento por encontrar a aquel Jakob, pues no lo conocían. Era un alemán al que

Vicente había hecho un chalet en Talamanca, al otro lado de la bahía. Vicente Alós era arquitecto. En cuanto a su cliente Jakob, había sido profesor en la Universidad de Múnich. Durante la guerra lo había reclutado la Wehrmacht y lo había enviado a la campaña de Rusia, donde estuvo casi un año. Tras la derrota juró no regresar nunca a su país. Llevaba metralla en una pierna y caminaba cojeando. Vicente no sabía bien de qué vivía, pero resultaba evidente que no le faltaba el dinero. En Ibiza se dedicaba a beber demasiado y a discutir con la gente. Era un buen hombre, pese a todo. Tenía palabra. Y había prometido a Vicente conseguirle un coche para su estancia en la isla.

Tras esperar a Jakob un rato en el muelle, cogieron sus maletas y se encaminaron hacia la plaza Marino Riquer en busca de una cabina de teléfono. Andrés marchaba resoplando al lado de Vicente y sus hijas iban detrás en silencio. Ya se había hecho de día y el frescor de la noche había desaparecido por completo. Poco después el calor se haría insoportable.

–A ver si al final no vamos a tener coche ni hotel –decía Andrés–. Porque el hotel también te lo ha conseguido ese alemán, ¿no?

Sin embargo, en cuanto salieron del muelle sonó un vozarrón al otro lado de la plaza. Desde la terraza de un bar, Jakob gesticulaba para llamar su atención. Fueron hacia él. Los esperaba junto a una mesa en la que reposaban dos botellines de cerveza vacíos y un cenicero lleno de colillas. Vicente dejó su maleta en el suelo y el alemán se le abrazó con fuerza. Luego se volvió hacia Sara y Candela.

–Mi corazón, como el de Hölderlin, saluda al bello mundo –dijo en un español correcto aunque lleno de oscuras inflexiones–. Nada me gusta más que las hijas de mis amigos.

Pasando un brazo por los hombros de cada una, las atrajo hacia su pecho y las apretujó con tanta energía que las dos soltaron un quejido. Sara miró a su padre por encima de Jakob y dejó escapar una risa, pero Candela puso cara de alarma.

A Andrés no le hizo ninguna gracia que aquel hombre abrazara a su hija. Sabía que ella sentía una gran prevención ante el contacto físico. La sentía por su carácter, pero también porque su piel, diseñada quizá para una relación

más espiritual con su entorno, se llenaba de cardenales con facilidad. Por si eso fuera poco, había muchas cosas que le provocaban alergias, el polvo, los gatos, las barbas de los hombres. A menudo le salían erupciones y tenía que tomar antihistamínicos. Y a Andrés, por su parte, no le gustaban las personas efusivas. Creía que la efusividad no es sino una manera tosca de disfrazar el interés. Así que se aclaró la garganta con sonoridad y cruzó una mirada impaciente con Vicente Alós. Su amigo llamó la atención de Jakob para presentárselo, y este soltó por fin a Sara y a Candela con la resignación de quien, obligado a salir a la intemperie, abandona el calor del hogar.

Rota así para el alemán la ensoñación de la belleza y de los versos de Hölderlin, se pusieron de inmediato en marcha. Jakob cogió a Vicente del brazo y echó a andar haciendo a los demás un gesto para que los siguieran. La cojera, muy acusada, imprimía al movimiento de sus hombros cierta cadencia marina. Vicente parecía extrañamente estable a su lado. Transitaron por las callejas y pocos minutos después llegaban al paseo Vara de Rey. Jakob se detuvo junto a un Citroën Dos Caballos aparcado allí. Era de color azul y estaba descapotado. El alemán aseguró que con aquel coche se moverían bien por los caminos de la isla y se ofreció a dejárselo el tiempo que quisieran. Para sorpresa de todos, Sara se lanzó sobre Jakob y le imprimió un sonoro beso en la mejilla. La hija de Vicente Alós nunca dejaba una aproximación sin respuesta. Candela, detrás de ella, apoyó una mano en el capó del coche y al instante la retiró, como si hubiera hecho algo indebido.

El hotel era en realidad un hostel de pocas habitaciones. Estaba en una cala no muy lejana de la capital, más allá del pueblo de San José. Al salir de la carretera asfaltada se internaron por un camino rodeado de olivos, algarrobos y chumberas. El Dos Caballos empezó a balancearse por causa de los socavones, mientras Vicente, que conducía, intentaba mantener las ruedas en las roderas de los carros. Andrés, sentado a su lado, iba con las manos apoyadas en el salpicadero. De vez en cuando veían un asno pastando o algún rebaño de cabras. Y el mar, siempre presente, aparecía entre los árboles o más allá de las lomas. Sara se puso de pie en el coche, cogida a la barra que cruzaba el techo descapotado. Alzó la voz por encima del ruido del motor para decir que olía a aire caliente, a boñigas y a romero.

Candela se mantenía sentada, absorta en sus propias manos, inmóviles sobre el regazo. No miraba el paisaje ni parecía hacer el menor esfuerzo por oponerse a los vaivenes del coche. Su cabeza se había golpeado ya algunas veces contra el cristal de la ventanilla.

—¿Te pasa algo? —preguntó Andrés Martel volviéndose hacia ella con dificultad.

Tampoco quiso Candela mirar a su padre.

—No me pasa nada —se limitó a responder.

El Dos Caballos descendía ya hacia la cala, que se abrió ante ellos al salir de una pineda. Una lengua de arena blanca, cubierta en algunos tramos por algas, dejaba paso en sus extremos a las rocas erosionadas que, como las patas de un cangrejo, la protegían del mar abierto. Frente a la cala había un islote árido en el que solamente

algunos matojos luchaban por sobrevivir a la furia del viento.

El camino acababa abruptamente detrás del hostel, a un lado de la cala. Al otro lado, enmarcado por las rocas del fondo, en las que había un par de rampas para sacar las barcas del agua, se veía otro edificio bajo con una pequeña terraza cubierta con un cañizo. No había más construcciones. La franja de tierra que quedaba entre la playa y las laderas de los montes estaba cubierta por una plantación de maíz.

Cargados con las maletas, entraron en el hostel por una puerta trasera que daba a una sala con algunas mesas cubiertas con hules de colores desvaídos. El mar se veía a través de unas cristaleras llenas de salitre. En una esquina había una barra de bar, y tras ella un hombre delgado, casi escuálido, con una camiseta de tirantes que algún día debió de haber sido blanca. Al verlos salió hacia ellos, pero no se detuvo.

—Llegan pronto —les dijo, mirándolos con cierto reproche al pasar—. No los esperaba hasta el mediodía.

Desapareció tras una puerta, para reaparecer a los pocos instantes vestido con una chaquetilla de camarero algo gastada que se abotonaba con parsimonia. Se detuvo, ahora sí, ante ellos y los observó con detenimiento. Lo que vio debió de dejarle un poco desconcertado. Tras descartar de un plumazo a las jóvenes, dudó entre Andrés y Vicente y se decantó finalmente por este último.

—Le doy la bienvenida en nombre de Josefa Martínez Sasa —hizo un amplio gesto con el brazo hacia lo alto, como mostrándole el universo entero—, la dueña de todo esto. —Y, adoptando una pose de cierta prepotencia, añadió —: Necesitaré su documentación y la de sus acompañantes.

El hostel era una construcción alargada, muy sencilla. En el piso superior, al que se accedía por una escalera situada a un lado de la barra, las puertas de las seis únicas